

na. Y desde entonces mi vida fué más retraída y solitaria, sin que acontecimiento alguno, ni grande ni chico, diera relieve á su monotonía ni sea digno de que aquí se le tome en cuenta. Había llegado á la madurez; perdida toda ilusión, mi hogar se helaba poco á poco, y aquello tan soñado, con tanto ardor deseado y solicitado, un cariño leal, el arrimo de un corazón, echábalo de menos en las puertas ya de la vejez irremediable. He dicho que nunca tuve amigos, ni aun de joven: el porqué creo haberlo expuesto ó por lo menos dejado que cada cual lo traduzca en su lengua: ¿qué había de tenerlos ahora, ni de dónde sacarlos? *Bulle-bulle* ha sido el único, y no me rebajo ni le exalto al llamarle amigo. No sé quién buscaba con su linterna un hombre y dió con un esclavo; yo he buscado un amigo y éste es mi criado. La moraleja es la misma.

Mientras me ayudó la salud, esta época de mi vida no fué la peor de que haga memoria: muy de mañana me recreaba en mi jardín, marchaba algunas veces á la ciudad por mis asuntos y de noche mi buen mulato me hacía tertulia, programa ni variado ni divertido, pero excelente para persona tan metódica y de gustos tranquilos y modestos como yo.

Pronto empezó á desmejorarse mi salud, y cada año que me caía encima fué pesándome más, agobiándome y envejeciéndome, lo que no ha de tomarse á perogrullada, pues con sólo citar al viejo vicioso de mi tío Tejera, más duro y verde el condenado que apenas le rozaban los años, demostraré con ejemplo patente que



... muy de mañana me recreaba en mi jardín

no está el toque en no ser viejo, sino en no parecerlo. También, á mi entender, la rápida decadencia física debíase á la soledad en que mi alma gemía, á aquella falta absoluta de calor espiritual, de cariños y de afectos; hubieranme agasajado manos blancas, hubiera visto en mi redor gracioso revoloteo de faldas, hubiera escuchado gorjeos femeninos, y habría reverdecido milagrosamente. Pero sólo la jeta de *Bullebulle* me sonreía, sólo sus manazas torpes me cuidaban y su atropellada actividad.

Hacia el ochenta y tantos padecí unas tifoideas que me pusieron tan cerca de la muerte, que me sacramentaron y todo. Tan cerca, tan cerca, que la conocí de vista á esta amorosa amiga nuestra, constante, eterna veladora de nuestro sueño, compañera de nuestra soledad, y no me pareció horrible como la pintan los alegres y los cobardes; me pareció buena persona y servicial, que se presta á recoger lo que desecha la vida y da alivio y descanso al pobrecito cuerpo. Desde entonces la tengo presente y es la que me acompaña siempre; ella es mi novia, ella será mi deseada esposa, y el día que Dios señale me acompañará á la tumba, vestida toda de blanco.

¡Ay! ¡Cómo me dejaron las pícaras tifoideas y cuán para poco estuve ya! Se me puso la barba gris, me quedé casi pelón y forzado á andar con tres patas, vale decir, con bastón. Y ya, perdido el equilibrio, rodé la cuesta abajo, vergonzosamente.

Siempre fuí yo muy pulcro y acicalado; me gustó

vestir bien, cepillarme, porque la limpieza y el buen ver no los considero pecados de vanidad: pues con los achaques, los desengaños y las enfermedades me abandoné de modo que ya no era el mismo, aunque fueran los mismos mi ropa y mi sombrero, que me cuidaba poco de cambiar. Más de una vez, *Bullebulle* ha corrido detrás de mí persiguiéndome: «Niño Juanito de Dios, una hilacha... Un lamparón, *niño* Juanito...» Bueno. ¿Qué le importan al mundo las motas y los lamparones de la ropa de Juan de Dios Riquez, si no ha hecho caso de la limpieza de su alma?

Con todo esto, y como si fuera poco, me prendió el reumatismo las piernas; apenas podía salir de mi alcoba, y días y días, horriblemente tristes, pasaba en la soledad; ni el destierro de un lazarino, rechazado con asco de todas partes, puede compararse á la situación de D. Perfecto, huérfano de todo trato, recluso en su rincón. Los días y las noches eran para mí iguales... Como ni la baraja ni el tabaco eran distracciones que me permitían mis buenas costumbres, el médico se reía y me miraba con lástima, como Salustiano en la tienda de D. Aquiles.

¡Pobre de mí, que había de ser siempre el hazme-reír de los demás! Y me decía que lo que á mí me mataba era la exageración de las buenas cualidades, no sé si por burlarse ó sinceramente.

Menudearon los ataques de gota, y persuadido que no levantaría más cabeza, tuve una excelente inspiración y en un respiro que me concedió la enfermedad,

de bastoncito y arrastrando las piernas, me fuí á ver á mi prima Paula al torno de las Catalinas, sor María del Carmen de la Transfiguración, que tal era su nombre de claustro.

Por cierto que no era ésta la primera visita que la hacía. En el transcurso de tiempo que fugazmente voy recordando, había muerto el tío Tejera y ocurrido los tristes sucesos que todo el mundo conoce (1) y encerraron en el convento á esta santa mujer, de teresiana sapiencia, de virtud admirable, honra de mi familia. Muerto el tío Tejera, reanudé yo mi buena amistad con Paulita, y en el caserón de la calle de San Martín, del que no quedan ya ni las señales, solíamos tomar mate juntos y discurrir, ella desde las nubes y yo pegadito á la tierra, acerca de las causas de nuestra desventura, y como médico especialista que con un remedio solo pretende curar todas las enfermedades, Paula insistía que todos debiéramos hacernos frailes y las mujeres monjas, y convertido así el mundo en un convento inmenso, lugar sagrado de expiación, se extinguiría la humanidad poco á poco, abrazada á la cruz y balbuceando una oración...

No era yo tan radical; pero, inclinado al pesimismo, no la llevaba la contraria en absoluto, y puedo asegurar que mi visita era de las más gratas que recibir pudiera Paula, confesando, por mi parte, que muchos de los pretextos que invocaba para ir á la ciudad eran mentidos y todo por el mate y la conversación de quien

(1) *La Ginesa.*

ni era joven ni bonita, pero poseía un alma tan atractiva y adorable. Viéndola, pues, con tanta frecuencia, fui testigo forzado de los dichos sucesos, y una de mis mayores penas ha sido ver desaparecer bajo las sombras del velo monjil aquella cara de mujer en la que se reflejaban las claridades de su espíritu superior. Es cierto que ahora también la escucho, como antes, y á veces sus manos transparentes me sirven el mate exquisito; pero no la veo el rostro, donde yo delectaba lo que la discreción quitaba á sus palabras, y me figuro que estoy ante una sombra y que su voz es de ultratumba.

A pesar de esto, no dejaba de ir al torno de las Catalinas el malaventurado y reumático Juan de Dios para recibir de la hermana María del Carmen de la Transfiguración el coscorrónico cariñoso de costumbre:

— Si te hubieras hecho cura, otro gallo te cantara. No eras para el mundo y te empeñaste en vivir en él... Resígnate, hijo.

La entrevista de la vez á que me refiero fué muy larga y casi, casi acalorada. En el obscuro locutorio permanecí, creo, una hora por convencer á la hermana Carmen que en la situación á que yo había llegado necesitaba, como el pan de la boca y el aire de los pulmones, de una mujer que me atendiera, no una ama de llaves mercenaria y bastota, sino educada y finita que en el helamiento de mi hogar pusiera la nota de juventud, de gracia y de armonía que echaba de menos. No la convencí. Sin duda, poco edificada con el recuerdo de su padre, y á pesar de mi buena fama, fiándose

escasamente de los hombres, aunque anden en tres patas, me opuso su consejo negativo, «porque no era yo tan viejo, ni estaba tan enfermo, y el escándalo del qué dirán es peor que muchas faltas.» En vano la enseñé mis piernas inválidas y gráficamente el páramo de mi casa, donde el alma parecía triste golondrina sepultada entre la nieve, y se mantuvo en sus trece, prometiéndome ocuparse, como yo la pedía, en buscarme compañera de ocasión «cuando estuviera en las últimas y ya á punto de ser amortajado.»

Bueno. Ni madre, ni hermanos, ni esposa, ni ama de llaves siquiera. No quería yo desagradar á Paula, ni dar escándalo en mis últimos años, ¡Dios me libraral, y como mi carácter se ha plegado siempre al capricho ajeno, por blandura y timidez inveteradas me sometí al sacrificio; pensando que era triste cosa que lo que en otros parecía natural y pasaba inadvertido, fuese en D. Perfecto espantoso crimen y motivo de infernal destierro. Ya oigo las carcajadas de los libre-costumbristas, burlándose de mis aprensiones y remilgos y hablándome por la boca perversa de mi sobrino, que no para de ofrecerme sus consejos desvergonzados:

— Mire usted que si estuviera yo en su pellejo... Ande y no sea usted tonto...

Callen aquéllos y calle el tarambana y pillastrón de siete suelas, que la malicia es compañera del pecado y yo no voy por esos caminos, pues me parezco en esto á los borricos, que no hay palo que los mueva á entrar por senda que no gustan.

Bien comprenden los limpios de corazón lo que yo deseaba y fui á solicitar de la influencia de Sor María del Carmen de la Transfiguración. Pero ésta, en su grande sabiduría, lo juzgó mal y no insistí, ni insistiera aunque tuviese la mortaja á punto.

Había llegado á la época de mi vida que mis previsiones de solterón me pintaban como un campo yermo y desolado, sin una mata ni un pájaro, sumido en mortal silencio bajo un cielo de ceniza. Y tal era como lo preveía, que tiritando me acurruqué en la alcoba á esperar que la muerte, hembra cómpasiva, viniera por mí cuando Dios fuese servido.

No volví á salir, no he vuelto á salir. Comenzó el paulatino desgaste de mis fuerzas, y toda la fábrica de mi cuerpo, como edificio que va á derrumbarse, poco á poco dió en mostrar las grietas, y hoy la vista, mañana el pulso, el corazón, el estómago y todo en flojear y deteriorarse, más y más, apuntala por aquí, cruje por allá, sin que el alma, testigo de la dolorosa catástrofe, recibiera el consuelo de aquella vanamente buscada en su peregrinación mundana, ni de ninguna otra conquistada en el ejercicio de sus buenas acciones. Me moría de tristeza más que de enfermedad, y en torno mío *Bullebulle* tan sólo acompañándome, porque el médico, que no hacía migas conmigo, venía, recetaba y se marchaba, y Arturo, aburrido de mi sociedad, llegaba una vez por semana á calentarme un minuto con los rayos de su perversa juventud, que el venir á diario es táctica de última hora, sin duda porque ya huelo á difunto.

Así pasé, me parece, un par de años. La asquerosa vejez devorando iba mis tesoros vitales y preparando el terreno para que la muerte, su parienta, no tuviese mayor trabajo en llevarse su presa que la traperera en recoger de un rincón un saco de desperdicios. Me moría lentamente.. Y un día, no sé cuándo, abrí los ojos y vi encima de mi cabeza unas grandes alas blancas, que me parecieron las del ángel que bajaba á buscarme.

— No se mueva usted, Sr. D. Juan de Dios — me dijo con dulce voz el ángel de blancas alas, — soy la enfermera que ha recomendado á usted la madre María del Carmen de la Transfiguración.

Cualquiera imaginará que la presencia en mi casa de la recomendada de Paulita indicaba á las claras que estaba yo en las últimas. Debí de estarlo; mas todo fué penetrar este sol de caridad en mi lóbrego retiro y alegrarlo y darme nueva vida, que no parecía sino que mi Isaura inolvidable había vuelto á la tierra. ¡Qué transformación en la casa y dentro de mí! Ella me cuidó, me alentó, me fortaleció en la resignación y puso la pluma en mis manos, ya que de otro pasatiempo no era capaz. Todo cuanto va escrito se ha compuesto bajo su patrocinio y su consejo, si bien no está ella conforme, ni puede estarlo, con muchas de las cosas apuntadas, ni con mis reflexiones é impacencias, dejándome, sin embargo, la libertad necesaria, porque pluma á la que se ponen trabas es como caballo con manea.